

BIOGRAFÍA MARÍA MAGDALENA PACHECO BLANCO*

Juan Ángel Vázquez Martínez

Para: Anasuzy



Su lectura, por rápida y superficial que se haga, nos lleva a comparaciones con el presente. Hace que cuestionemos cuáles y cuántas actividades económicas y costumbres sociales han desaparecido y que fuera bueno que hubieran prevalecido. También se deduce en qué campos, los gobiernos Federal, Estatal y Municipal, han generado y/o propiciado avances: desde el desarrollo de las vías de comunicación, los medios de transporte, la creación de nuevos pueblos y nuevas actividades económicas hasta las perspectivas de superación que se abren para Campeche.

Es en el régimen del gobernador licenciado Rafael Rodríguez Barrera, que damos curso a una nueva aportación de un cúmulo cultural ya existente. Creemos que refrescar conceptos que procure más claridad y mejor ánimo en el entendimiento de nuestra campechaneidad, es responder al llamado de nuestro gobernador Rodríguez Barrera, de contribuir a la unidad estatal y con ello hacernos más aptos para servir a México.

Como mensaje de buena voluntad, el H. Ayuntamiento de Carmen obsequiará ejemplares a los H. Ayuntamientos de los otros Municipios y a escuelas y bibliotecas públicas, a organizaciones de obreros, campe-

sinos, del sector popular y empresariales de nuestro Estado, así como a aquellas que nuestros paisanos han formado en otras partes del país.

**En la unidad con honestidad los campechanos
somos capaces de luchar por nuestro bienestar**

David Razú Vera
Presidente municipal

Ciudad del Carmen, Campeche abril de 1977

* Recopilación de información por maestro Juan Ángel Vázquez Martínez, director de bibliotecas de la Universidad Autónoma del Carmen.
Director de bibliotecas en la Universidad Autónoma del Carmen.

Apuntes biográficos de la profesora María Magdalena Pacheco Blanco.

El 17 de agosto de 1962 cerró para siempre los ojos, en esta ciudad, que tanto quiso, la maestra emérita, señorita profesora María Magdalena Pacheco Blanco. Había nacido en la ciudad de Campeche el 22 de julio de 1874, de manera que había bajado a la tumba a los 88 años de edad, y por lo mismo en 1974 suponemos que el centenario de su nacimiento lo habrán celebrado (o debieron haberlo celebrado) las autoridades estatales, municipales y educativas en la forma de la que ella era merecedora.

A los cuatro años de edad sabía leer, escribir y hacer cuentas, y a imitación de sus maestras gustaba de ayudar a sus amiguitas repitiéndoles lo que ella había aprendido, con una gracia que hemos de considerar innata, ya que de la escuela Municipal de Niñas, en la ciudad de Campeche, donde ella aprendió las primeras letras, era directora su hermana Ana y subdirectora su hermana Eumelia.

Leemos en los apuntes que se nos proporcionan para elaborar un poco literariamente la biografía de la maestra, que a los catorce años apasionada como era de la lectura, leía a Camilo Flan Marión, sabio esotérico y astrónomo; a Cesar Cantú, autor de una brillante *Historia universal*, y a los poetas que en su juventud resplandecían con luz propia en el amplio cielo de la literatura española: Gaspar Núñez de Arce, José Zorrilla, Manuel Acuña, Manuel María Flores, etcétera. A esa misma edad, para probar su vocación como maestra de educación primaria, le asignaron un grupo de alumnas, tarea que alternaba con la lectura de publicaciones pedagógicas a las que sus hermanas estaban suscritas o que el gobernador de la entidad les obsequiaba periódicamente.

Ella deseaba con todas las fuerzas de su ser prepararse lo mejor posible para el desempeño de su labor educativa. Leía con pasión y asimilaba en forma perfecta tales publicaciones, entre las que podemos señalar La escuela moderna, La escuela primaria, México intelectual, La enseñanza moderna, El escolar mexicano, etcétera.

Al repasar los títulos no podemos por menos asombrarnos, si, de que una mujer nacida en el año anterior al comienzo de los veinticinco años últimos del siglo XIX, buscara nutrir su entendimiento con obras que a las señoritas de su tiempo se les caían de las manos.

Y no solo repasaba obras y revistas de pedagogía, sino que procuraba aumentar su erudición mediante las sabias enseñanzas, en lo particular, de maestros de la talla de don José Ángel Cú, de la Escuela Lancasteriana, del doctor Isidro Cámara, director de la escuela de varones, de don Nicolás Canaval, director de la Escuela de San Román, y de don Juan Bautista Flota; a más de que sus hermanas, maestras asimismo como dejamos señalado al principio, se esmeraban hasta donde les era posible transmitirle sus conocimientos, y así tanto el cerebro como el alma de la jovencita María Magdalena se iban transformando sin reticencias y demostrando al paso de los días y de manera fehaciente su vocación de mentora de la niñez.

Como es fácil comprender, ella había escogido ser maestra, y como aún no se fundaba la escuela normal, lo más granado de la intelectualidad de ese tiempo era llamado para preparar a las señoritas que escogían las labores educativas como profesión. De esta manera, un día la jovencita Pacheco Blanco estuvo en disposición de demostrar sus actividades y conocimientos. Sin embargo, la sociedad entonces no veía con

buenos ojos que una mujer adquiriese una preparación propia de varones, y se le impusieron trabas de peso con el objeto de que renunciara a sus pretensiones. Ella no se arredro ante el espíritu de las palabras y retardario. Luchó a brazo partido contra las trabas que se le imponían y al fin el triunfo fue de ella. Se le señaló los días 22 y 23 de enero de 1891 para ser sometida a exámenes.

El primero de ellos se llevó a cabo en la sala rectoral del Instituto Campechano ante la junta facultativa. El segundo, en el mismo salón, pero ante el superior consejo de instrucción pública y de manera solemne, si tomamos en consideración que dicho consejo lo integraban representantes de las facultades que en ese entonces se sostenían, como la de las leyes, y las de notariado, medicina, farmacia, música, dibujo, magisterio escolar, bachillerato, etcétera. Demás está decir, que el licenciado Eduardo Castillo Lavalle, en representación del consejo, la aprobó por unanimidad y como consecuencia, su título profesional fue expedido por el gobernador general, don Joaquín Kerr Legand.

A fines del mismo año de su titulación (1881) como caso insólito pasó a ocupar el puesto que dejaba vacante el profesor Vicente Cetina, quien acababa de graduarse de médico, y eso fue insólito ya que por primera vez en la historia educacional de Campeche una mujer pasaba a ocupar el puesto que por tradición hombres habían desempeñado. Como eran de esperarse, a la solicitud que la profesora María Pacheco Blanco hizo al consejo de instrucción pública, surgieron discusiones acaloradas, pero en esta ocasión (con anterioridad a esta segunda solicitud, la primera había sufrido una negativa unánime) la mayoría se inclinó a su favor.

Más tarde fue nombrada profesora de la escuela Josefa Ortiz de Domínguez y con ello a la mujer dejó de considerársele incapacitada para el desempeño de las labores magisteriales, demasiado arduas cuando se impartían las enseñanzas a varones.

Se encontró con que la educación adolecía de estatismo, de moldes que eran ya inusuales, y emprendió las reformas que ya no admitían espera. A esas reformas sobrevino un gran clamor de protestas. Por envidia o por egoísmo, vaya uno a saber, a esas protestas cundieron, y a otra persona que no hubiera sido ella le hubieran cortado de raíz al entusiasmo.

En ella obraron el milagro de crecerse ante el afán de tantos por mantener en pie el estatismo educativo. Luchó nuevamente a brazo partido y el malsano clamoreo cayó abatido como caen los arbustos espinosos ante el filo de un hacha manejada con destreza.

Los maestros tradicionalistas supieron, al fin y al cabo, aquilatar las dotes educativas de la señorita Pacheco Blanco, entre ellas don Esteban Begovich, que fundara el Instituto de Niñas de Campeche y lo dirigía a la sazón, quien a poco la llamaba y la hacía figurar dentro de su cuadro de profesores. En ese punto fue breve su estancia, ya que en 1893, le fue ofrecida la dirección de la escuela Josefa Ortiz de Domínguez, de Ciudad del Carmen, la cual aceptó sin titubeos. Y en diciembre de ese mismo año ya estaba la joven maestra en nuestra isla, en espera de asumir el puesto el primero de enero de 1894. Había estado para recibirla y darle la bienvenida su tío don Manuel Pacheco, ex jefe político del partido (aún no se denominaban municipios) del camino Real, don Francisco Artiñano, regidor de instrucción pública y don Juan Bautista Caldera, director de la Escuela Central Miguel Hidalgo, para varones. Por entonces la nueva Ley

de Instrucción Primaria acababa de ser implantada. Entre sus innovaciones estaba en que la primaria quedaba dividida en elemental y superior.

En 1906 decide ir a la ciudad de México en viaje de estudios, para lo cual solicita, y se le concede, dos meses de licencia sin goce de sueldo, mediando algunas dificultades. Asimismo, decide entrevistarse con el presidente de la República, por lo cual la recomienda personalmente el gobernador, don Tomás Aznar y Cano al ministro de Educación Pública y Bellas Artes, don Justo Sierra Méndez. Su entrevista con el presidente de la República se hacía indispensable, pues el local que ocupaba su escuela era insuficiente para dar cabida a una población escolar que había crecido de manera asombrosa, y le solicitaría para transformarlo en escuela el edificio a medio construir de lo que se conocía por entonces con el nombre de aduana vieja.

A los dos meses de estar residiendo en la ciudad de México, don Justo Sierra se enteró de que la maestra Pacheco Blanco subsistía de manera precaria por sus propios medios, ya que su licencia como señalamos era sin sueldo, y sin mayores dificultades le concedió una pensión. Al mismo tiempo le dijo: “Voy a telegrafiar al gobernador que usted se quedará en México algún tiempo más”. El telegrama lo escribió don Justo de su puño y letra. Poco tiempo después recibía nombramiento de profesora de escuela elemental en comisión. Y como era lógico, el gobernador de Campeche le asignó por su parte una pensión igual a la que le había concedido el ministro Sierra Méndez. Se le hizo saber por los medios oficiales adecuados, el director General de Educación en el Estado.

Durante ese propio año de 1906, y hallándose en la ciudad de México, la maestra estudió astronomía con el profesor Luis G. León. Ella era una simple aficionada, pues su hermano Manuel, que había estudiado en la Escuela Náutica de Campeche, la había enseñado a conocer los planetas que son perceptibles a simple vista y las principales constelaciones de ambos hemisferios. Poco tiempo después, el 03 de julio de 1907, ingresaba a la Sociedad Astronómica. No había por qué extrañarse cuando, al correr del tiempo, se encargó de la Estación de Meteorología, en esta ciudad, que estuvo situada en la esquina que forman la calle 20 y 35.

En alguna ocasión contó, recordando su pasado, y con la sencillez que la caracterizaba, una anécdota que nosotros repetimos por que la revela como una mujer de grandes simpatías y sin asomo de vanidades. En ese mismo 1907, allá en la ciudad de México, la directora de la Normal, una señora de apellido Chávez, presentó a la maestra con don Benito Juárez Maza, hijo del benemérito, haciéndole notar que era de Campeche y recomendada al ministro de Educación por el gobernador Aznar y Cano. Esta presentación fue el día 17; el 18 la señorita Pacheco fue invitada a la ceremonia que año con año se realizaba ante la tumba del Patricio en el panteón de San Fernando. Quedó alejada del señor Juárez Maza; sin embargo, al volver este la cabeza la descubrió, se acercó a ella y la condujo al sitio que él ocupaba con su familia, ante la sorpresa de las directoras escolares allí presentes, quienes jamás imaginaron que el señor Juárez Maza la conociera y sobre todo la tuviera en tan alto grado de estimación. Otro día, más claramente a fines de 1907, en plática con don Justo Sierra, le dijo:

“Grande es el problema que tenemos en Ciudad del Carmen en relación con el edificio que da albergue a mi escuela. El número de

alumnas no permite se le de cabida a más niñas que, así, las entristece al ver frustrados sus deseos de aprender. Necesitamos de manera imperiosa un local más amplio.

--Habrà allá en ciudad del Carmen uno como el que usted desea, maestra? --inquirió, benevolente don Justo.

--hay uno, señor Ministro – afirmó ella con conocimiento de causa --. Está a medio construir y hay la seguridad de que así va a quedarse. Se trata de la aduana vieja.

--No me parece una idea descabellada –dijo don Justo--. El miércoles tengo acuerdos con el señor presidente. Vaya a las once y media a Palacio, que terminada mi audiencia con él, yo personalmente la conduciré a su presencia.”

Como es de suponer, la señorita Pacheco Blanco estuvo puntual a la cita. Y tal como don Justo le había asegurado, se desarrollaron los hechos.

Ante el solemne don Porfirio, don Justo dijo:

“--Señor presidente, esta muchacha quiere que se proporcione una casa allá en Ciudad del Carmen, para su escuela.

--Que le fabriquen una como las de Baja California --dijo don Porfirio por toda respuesta.

--Es que ella desea comprar un edificio sin techo que hay en el Carmen, estado de Campeche, y que es propiedad de la federación.

--¿A qué secretaria pertenece? --inquirió don Porfirio.

--A la Secretaría de Hacienda --informó don Justo.

--Hacienda no vende lo suyo --aseveró don Porfirio.

-- Entonces --dijo a seguidas la maestra --mejor.

--¿Porqué? --preguntó, intrigado, el presidente.

--Pues, porque si no vende, regala --dijo, sonriendo la maestra.

Don Porfirio también sonrió y ordenó a don Justo:

--Lleva a la señorita con Pepe (José Ives Limantoure, ministro de Hacienda) y explícale. Dile que yo se la recomiendo.

Fueron a ver al ministro, pero no estaba por no ser ya hora de oficina.

Ese mismo día al llegar a su casa, en un telegrama que le fue puesto en las manos decía el director General de Educación en Campeche, que regresara inmediatamente, pues en el Carmen urgía su presencia.

El pretexto era que hacía falta como inspectora, y no era una traba más que se intentaba anteponerle a su obra educativa. Regresó, por deber, a Campeche, pero no aceptó el cargo. Poco después regresaba a México por órdenes de don Justo Sierra; pero las escuelas se encontraban en período de vacaciones, y no teniendo por ese tiempo nada que hacer lejos del terruño, decidió volver al Carmen. El ministro le ofreció, empero, la Dirección de la Escuela Normal de Campeche declinó tal honor. ¿Y sabéis el porqué de su actitud? Ella vivía sólo para su escuela en el Carmen.

Deseaba con toda su alma ponerla al nivel de las mejores del país y para bien de sus amadas educandas. Tuvo que hacer a un lado la idea de hacer de la aduana vieja el edificio ideal para su escuela.

Pero la buena disposición de varios conocidos padres de familia hacía que su optimismo no decayera hasta el grado de tomarla indiferente, dejándose absorber por lo tradicional, que tanto mal le había hecho a la

educación en Campeche. Ella decía, aludiendo a los padres de familia que la comprendían y alentaban: “El pueblo de Campeche es bueno. Cuando se le pide ayuda responde de inmediato. Sobre todo si se trata de la educación de sus hijos”.

Y desechaba, como dijimos la idea de la aduana vieja para la escuela, su interés se concentró en la casa de la que era propietaria la familia Galera (hoy ocupada por las oficinas del PRI e imprenta Municipal). Y fue tal su interés, que logró entusiasmar a un buen número de personas, quienes asimismo pusieron en marcha sus mayores esfuerzos y buenas intenciones, y la casa fue comprada. En esa casa, además de las aulas correspondientes para la enseñanza, fundó un pequeño Museo con donativos de nacionales y extranjeros, museo que poco a poco se fue ampliando con la cooperación del personal escolar. El Museo, como decimos, era pequeño, pero muy interesante. En él se exhibía la famosa Caña de Timón, adquirida por un grupo de maestros que encabezara la propia señorita Pacheco Blanco, y que hoy se guarda como tesoro de valor incalculable en el Museo Arqueológico de Campeche.

Según sabemos, este Museo desapareció casi en su totalidad durante la época de la persecución religiosa en el país, y asimismo el archivo que tachado de guardar papeles viejos por gente ignorante, se le dio un destino que ignoramos, pero que no fue de ninguna manera decoroso.

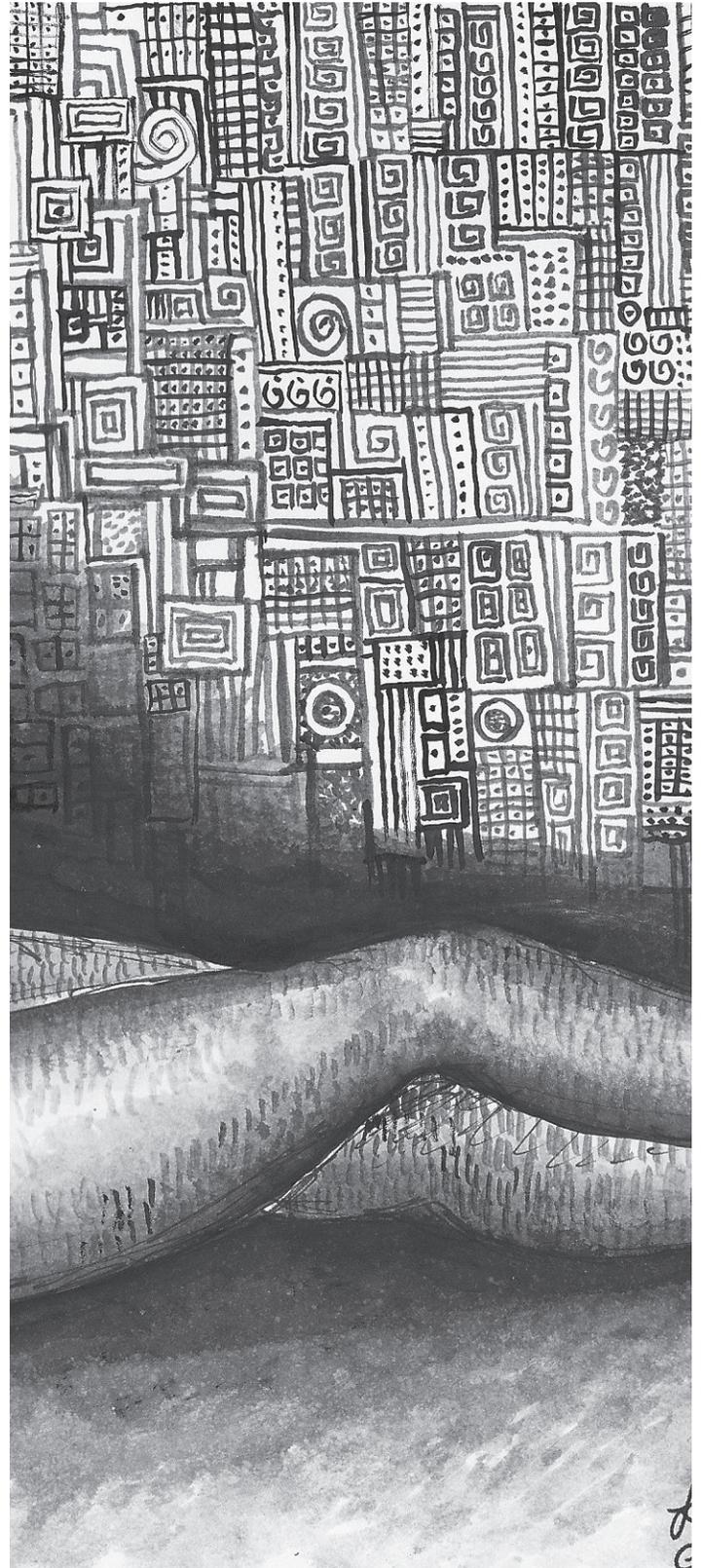
Su vocación no consistió nada más en poner sus mayores esfuerzos en lograr en Carmen una educación positiva y, por lo mismo, beneficiosa para la niñez.

También destacó a satisfacción como escritora. De lo que se valió para dar a conocer allende nuestras fronteras las ruinas mayas con que cuenta Campeche en muchas de sus zonas. De esta manera logró que se organizaran algunas expediciones, cuyos integrantes hicieron las investigaciones que dieron paso al descubrimiento de ruinas muy interesantes en el municipio de Champotón. El 7 de mayo de 1939 fue entrevistada por arqueólogos que dependían de la Institución Carnegie, y también por arqueólogos de la Universidad de Tulane, Louisiana.

No se concretaba a escribir nada más sobre temas arqueológicos, sino que su pluma e inteligencia redondeaban lo mismo cuentos que leyendas, artículos de contenido social y educativo, y reseñas tradicionales. Nos aseguran que escribía poemas, pero la verdad es que nunca hemos tenido la satisfacción de toparnos con uno, no para analizar la técnica y el contenido, sino para no tener más duda sobre ese aspecto de su polifacética personalidad.

Diario de Yucatán, Ah-Kim-Pech, órgano del Cuarto Centenario de la fundación de Campeche, *el Semanario Brecha, El Lagunero, El Monitor del Carmen*, etcétera, se honraron con su colaboración. Y su labor como maestra y otras fases de su existencia fueron elogiadas por el *Universal, Excelsior y Revista de Revistas*, de la ciudad de México.

La felicitación de que fue objeto en 1931 por la Academia Nacional de Historia y Geografía, se debió a su geografía del estado de Campeche, única en la historia de la entidad. Esta geografía aún la consultan maestros y estudiantes. Nosotros la guardamos como una verdadera joya bibliográfica. Basta hojearla en alguna ocasión para darnos cuenta del gran esfuerzo de la autora, los obstáculos que tuvo que vencer para llegar a las escuelas del estado una obra tan necesaria. Y decimos obstáculos,



cuando observamos las gráficas y los mapas de cada municipio, indispensables para darnos una idea de lo que era Campeche en aquel entonces.

El gobernador Alberto Trueba Urbina, en una de sus frecuentes visitas, a ella le ofreció reeditar por cuenta de su gobierno la geografía citada. Ella rehusó tal honor, diciendo que el escribir una obra de tal naturaleza implica estudiar todo lo necesario en el propio terreno para ajustarse de este modo a la verdad, pues desde el escritorio, con datos que no siempre resultan exactos, podrá hacerse una obra en alto grado literaria, nunca una obra que llene las exigencias más elementales, sobre todo cuando la población escolar necesita conocer lo más exactamente posible a su entidad natal. Por lo mismo, vieja y achacosa como ya se encontraba, le era del todo imposible darse a la tarea de reescribir su geografía, ya que necesitaba como era razonable, actualizársela, de otra manera su reedición no llenaría su objetivo.

Entre algunos detalles de su vida que la colocan a un nivel de admiración, por parte de los campechanos en general, señalaremos que durante las elecciones gubernamentales para elegir al coronel y licenciado, ahora general, José Ortiz Ávila, jefe del ejecutivo campechano, el voto de él a favor de la maestra emérita.

Durante el periodo gubernativo del señor Everardo Vadillo Sanoguera, y para conmemorar el *Día del Maestro*, a la señorita Pacheco Blanco se le rindió un significativo homenaje, participando en el mismo la Cámara Junior de esta ciudad, cuyo presidente, el señor Mario Boeta Blanco, le impuso una medalla de oro.

La distinguieron de manera especial don Francisco de la Cabaña Vera y don Miguel Zepeda García, que fueron alcaldes municipales, y los gobernadores del Estado, don Benjamín Romero Esquivel, el Dr. Héctor Pérez Martínez, etcétera. Y algunos presidentes de la República la visitaron en su domicilio al saber que se trataba de una maestra que atesoraba ella sola tantas y tan hermosas cualidades humanas.

Recibió diplomas y medallas de instituciones extranjeras, ya que sus escritos en relación con la arqueología, costumbres, educación e historia del Estado de Campeche, fueron para esas instituciones un valioso aporte a las investigaciones que ellas realizaban a través de sus arqueólogos y antropólogos, por sí o en equipos. La señorita Pacheco Blanco pudo realizar su obra con mayor eficacia por que sabía inglés, francés y maya.

Fue autora de un himno al Carmen, de significativa letra y música adecuada. En alguna ocasión, carmelitas radicados en la metrópoli pidieron por los conductos consiguientes que se volviera a cantar en las escuelas y en los actos cívicos de próceres locales, solicitud que cayó en saco roto, tanto es el materialismo y la indiferencia a los que nos hemos entregado.

Si decimos que la labor de la maestra emérita es más conocida y reverenciada en la ciudad de Campeche y en otros lugares del Estado, que acá en Ciudad del Carmen, donde vivió la mayor parte de su existencia y al fin pagó el obligado tributo a la madre naturaleza, estaremos diciendo una gran verdad. La profesora Pacheco Blanco no es merecedora nada más de una escuela con su nombre, como el esclarecido maestro don Juan Bautista Caldera, a ella debe erigirse también un busto en lugar céntrico de la ciudad, pues no es justo que lo tenga don Tomás Marín, quien sirvió a los franceses contra los intereses de la Patria, y no lo tenga una mujer

que entregó su vida entera al magisterio.

A su muerte, el Instituto Campechano guardó tres días de duelo. Nuestro gobierno municipal hizo algo parecido e ignoramos lo que hayan hecho los directores de las escuelas, pero la verdad es que de ahí en adelante, rara es la ocasión en que se le rinde pleitesía a su memoria. Recordamos que el profesor José Cascante Fernández, cuando era director de la escuela López Hernández, organizó un homenaje a la maestra, y el autor de estas líneas escribió para esa ocasión un poema muy sentido. El maestro Cascante Fernández, por tanto, debe sentirse satisfecho.

De ahora en adelante es preciso que veamos desde su talla educativa, pugnando, contra la insidia, el egoísmo y la envidia, por la creación de la Escuela Normal Superior y por la reforma educacional. Es preciso verla sustrayéndole ratos preciosos a su labor en la escuela, para escribir a cuantas personas podían ayudarla en la consecución de sus ideales y esperanzas.

Ella decía a quienes querían escucharla: “Con el esfuerzo de todos o de las personas de buena voluntad, es posible sentar las bases sobre las cuales deberá levantarse la estructura de un movimiento de reforma educativa, que tanto bien le haría al país”.

Afirmaba asimismo: “La mujer debe tomar el lugar que le corresponde dentro de la sociedad, y participar directamente en la responsabilidad de su estructuración. El campo, tan abandonado, debe participar en la reforma que le toque al sector urbano, de la que también deberán beneficiarse las mujeres. ¿Cómo olvidar el espacio tan restringido que se le tenía reservado a la mujer en el tiempo en que hube de estudiar y vencer obstáculos para ser un miembro más en la lucha constante contra ese tabú que hacía a las personas de mi sexo un pozo de ignorancia?” Y agregaba, definitiva, que la mujer, estudiando capacitándose debidamente, podía demostrar a todas luces su equilibrio intelectual desempeñando trabajos que, en su tiempo de juventud, le estaban vedados.

En fin que, recorridos los rasgos más sobresalientes de la vida ejemplar de la profesora María Magdalena Pacheco Blanco, y colocada ya en el sitio que la historia le ha labrado, es propósito nuestro hacer constar, sin menoscabo de la entrega total a la educación de la niñez carmelita de un incontable número de maestras, unas fallecidas, las otras aún entregadas a sus nobles tareas con abnegación indeclinable, que ella, maestra emérita desde su juventud hasta su muerte, es uno de esos casos que no se repiten a menudo. Sencillamente, se adelantó a su tiempo.

Referencia

Tomado del libro *Geografía del estado de Campeche*, 1928, 112 págs.
 Transcripción: Amada Isabel Calderón Gómez
 Datos: doctora Adela Cetina Ruiz
 Redacción: Radamés Novelo Zavala
 Ciudad del Carmen, Campeche, abril de 1977